

había ido á casa de las señoras que dirigían la escuela donde se había educado; hallábanse sentadas al lado de la ventana, desde donde se veía el sol poniente que iluminaba los cristales de las ventanas del hospital vecino.

— ¡Qué bello día es el que acaba! — dijo Josefina mostrando con el dedo el sol moribundo y el cielo azul, donde brillaban ya las primeras estrellas: Eufrasia, yo creo que ya no tengo que pasar muchos días sobre la tierra... la noche llega también para mí...

Eufrasia la miró espantada, nunca la había visto tan pálida: su cabeza apoyada en el respaldo de aquel sillón de enferma, que no dejaba ya, se asemejaba á la de una imagen de cera: su amiga se dejó caer de rodillas y exclamó entre sollozos:

— ¡Oh, Josefina! ¡No muráis! ¡No me dejéis! ¿Qué haré yo sin vos? ¿Y Cecilia?...

Josefina levantó al cielo su apacible mirada y la inclinó llena de compasión hacia su amiga que lloraba á sus pies.

— Escuchad, mi querida amiga, — le dijo, — deseo hablaros y me queda muy poca fuerza, ahora estamos solas... Dios es para mí lo que ha sido siempre, un padre; así lo reconozco y por ello le doy gracias. Si vos no os hallarais cerca de mí, yo moriría inquieta, porque la suerte de Cecilia me preocuparía en mi última hora; mas vos estáis aquí... y yo estoy tranquila.

— ¡Yo! — exclamó Eufrasia con el acento de la humildad más sincera, ¡yo! ¿Y qué

puede una pobre miserable como yo soy?

— Eufrasia, yo he oído decir á un predicador que Dios arroja nuestros pecados á su espalda para no acordarse de ellos; los hombres son más severos, porque no son más que hombres; pero no tienen nada que ver aquí en el asunto que nos ocupa. Yo tengo confianza en vos, os conozco y es preciso que me obedezcáis.

— ¿Qué deseáis, Josefina? Decidlo y lo haré aunque deba morir de pena.

— Pues bien, cuando yo no esté ya aquí, es preciso que viváis con Cecilia, que no la dejéis y que hagáis con ella las veces de madre... yo sé que la amáis, y que ella os ama también y sólo en vos tengo confianza para dejaros encargada mi hija.

— Pero, Josefina, ¿habéis pensado en lo que yo soy?

— Sois una mujer honrada, una buena cristiana á quien una madre moribunda puede confiar su hija.

— Pensad en que he estado presa durante diez años.

— Habiéndoos mostrado tan valerosa en vuestra pobreza, tan generosa con vuestro marido, ¿no se os deben contar por algo estas virtudes? A mis ojos todo está borrado, y yo quiero, ¿lo oís, Eufrasia? Yo quiero que ninguna otra, sino vos, se encargue de Cecilia; la última vez que he podido salir, he ido á casa de un escribano y le he hecho escribir mi voluntad; vos cuidaréis de Cecilia y de su pequeña fortuna: tiene dos mil

francos colocados á su nombre; vos sola me inspiráis bastante confianza para confiaros á mi hija y el dinero que he ganado para ella... respondedme, amiga mía, ¿me obedeceréis, no es verdad?

Eufrasia no podía contestar; demasiados sentimientos diversos oprimían su corazón; mas el que la dominaba era una inmensa gratitud hacia Dios y hacia su amiga; sentíase como rehabilitada; la confianza de una madre, purificaba el pasado de una infanticida.

La emoción sofocaba su voz: muchas veces quiso hablar y no pudo; en fin, volvió á ponerse de rodillas, tomó la mano de Josefina y elevando al cielo la derecha, dijo:

—¡Prometo delante de Dios que me oye, amar á Cecilia y velar por ella... no me atrevo á decir como por mi hija, sino como por una cosa santa, de la que daré cuenta á Dios y á vos, Josefina!

—Gracias, cuento con vos y Dios os ayudará,—dijo dulcemente la viuda Robert.

Josefina no murió hasta la siguiente primavera: los cuidados de su hija y de su amiga la disputaron á la muerte; espiró con la serenidad de los santos que han combatido y que vislumbran la corona inmortal; algunos instantes antes de morir y después de bendecir á su hija, dijo á Eufrasia:

—Vos sois su madre ahora; acordáos de vuestras promesas, y yo rogaré por las dos.

Eufrasia empezó desde aquella hora á llenar la tarea que le parecía á la vez tan grande y tan dulce, ¡y con qué delicado amor la

llenaba! La madre ausente y muerta la dirigía siempre: de ella hablaba sin cesar á Cecilia, y procuraba mantener viva la llama de aquel recuerdo sagrado: temía ocupar el lugar de la que ya no existía y robarle una parte del amor de su hija y todo se hacía según las ideas, las miras y las costumbres de la que había gobernado con tanta prudencia y amor aquel pobre hogar y aquella niña querida; parecía que Eufrasia recibía órdenes invisibles, y no hacía otra cosa que ejecutarlas.

Sus intenciones fueron benditas; Eufrasia podía alzar los ojos al cielo y decir á su amiga:

—¡Vuestros votos se han cumplido! Vuestra hija es pura, vuestra hija es dichosa como si aún estuviera á vuestro lado, he tomado para amarla vuestro corazón, pero no he tomado el suyo en cambio: éste es vuestro, yo soy sólo su servidora y vos seguis siendo su madre.

La niña correspondía á aquella ternura y correspondía aún más de lo que Eufrasia hubiera deseado. Cecilia era expansiva y cariñosa, y después de haber llorado á su madre por largo tiempo, volvió hacia la que la reemplazaba la ternura de su alma afectuosa. Pero Eufrasia, no osaba disfrutar de aquellos bienes, á los que ponía, sin embargo, tanto precio; su corazón penitente no sabía ya llevar el peso de la dicha, y se mostraba siempre á Cecilia humilde y grave.

Aquella le decía algunas veces:

— ¡Tú me quieres como si yo fuera hija tuya, ya lo sé! ¡Pero no quieres acariciarme ni jugar conmigo!... Mamá lo hacía, no obstante... ¿por qué eres tú tan seria?

— He sufrido tantos pesares, que ya no sé reír; pero estad cierta, Cecilia, de que nadie en la tierra os ama tanto como yo: me sería muy fácil morir por vos.

Eufrasia se reconvenía algunas veces por esta gravedad que había llegado á serle natural, y temiendo que Cecilia hallase la vida triste y monótona, la instó para que volviese á ver á algunas amigas, jóvenes virtuosas y de buena reputación, que habían sido compañeras suyas de colegio, y á pasar con ellas las tardes de los domingos en casa de las buenas hermanas que las habían educado.

Aquel pasatiempo era bien inocente, y no obstante, una noche Cecilia, tan tranquila y alegre de ordinario, volvió de la reunión con los ojos encarnados y el aire abatido.

Eufrasia la observó con inquietud en tanto que cenaban; la joven apenas comió, y así que se levantó de la mesa, fue á sentarse cerca de la estufa, pensativa y sin mirar á su compañera.

La pobre Eufrasia tenía el corazón prensado de angustia; ¿qué había sucedido? ¿por qué había tantas sombras en la frente de su hija? ¿por qué aquel silencio? ¿por qué lloraba? no se atrevía á pesar de su pena á romper el silencio, aunque sentía por instinto que el silencio y el misterio abrirían un abismo entre ella y su hija, porque el silencio y

el misterio, son el tormento de las madres.

El reloj dió las diez, la hora de la oración y del retiro; Eufrasia se levantó y tomó su devocionario: la joven se había levantado también, y de repente prorrumpió en lágrimas y se apoyó contra la chimenea.

— ¿Qué tenéis, hija mía?— exclamó Eufrasia.— ¿Por qué lloráis? ¡Oh, decídmelo!

Y al pronunciar estas palabras, Eufrasia, que se había aproximado, estrechó á la joven en sus brazos. Cecilia permaneció un instante inmóvil, fijando una mirada de espanto sobre el rostro inquieto que se inclinaba tan tiernamente hacia ella. En fin, pareció dominar con esfuerzo una especie de repugnancia, y tomando la mano de Eufrasia en las suyas, le dijo:

— ¿Verdad que vos no habéis hecho eso?

— ¿El qué?...

— Vuestra hija... Elisa... no, es imposible que vos la hayáis...

Eufrasia palideció; sus brazos, que estrechaban á Cecilia, y que se apoyaba amorosamente en los hombros de la joven, cayeron desfallecidos; sentóse, procuró recobrar algún aliento, y preguntó en voz baja:

— ¡Cecilia! ¿os han hablado de eso?

— Sí; una joven que ha ido hoy por la primera vez á la reunión de las hermanas, me ha dicho:— *¡y qué, señorita Robert! vos vivís con una mujer que...*— No, continuó, Eufrasia, no puedo repetir lo que me dijo, pero el oírlo me causó un dolor mortal; eso no es cierto, ¿verdad, querida amiga?

Eufrasia había logrado calmarse por un grande esfuerzo de su voluntad; en aquel instante puso en las manos de Dios aquella ternura, aquella confianza de Cecilia, únicas cosas que la unían á la vida, y queriendo rendir homenaje á la verdad, respondió:

—¡Es cierto; vuestra madre lo sabía, y no obstante, Cecilia, ella misma os dió á mí!

—¡Tenéis razón!—exclamó la joven,—y yo quiero que me lo digáis todo, para que mi corazón os pueda justificar.

—No habléis de mí á los demás, hija mía, eso sería inútil; yo debo además llevar esta pena, debo soportar el ser despreciada por los que no conocen mi arrepentimiento; pero vos, Cecilia, vais á saber mi triste historia; veréis que he cometido un gran crimen, que he sufrido mucho y que Dios ha sido para mí todo misericordioso.

Eufrasia dijo todo lo que la joven podía oír, y sin saberlo ella misma, reveló en aquella narración empapada de lágrimas, un alma ardiente, bella y que las aguas de la penitencia habían lavado como un nuevo bautismo.

Cecilia la escuchó, primero con ansiedad, y respeto, después con una emoción creciente, y cuando Eufrasia dijo al terminar:

—¡Vuestra madre ha visto mi arrepentimiento, mi amor por vos, y ha tenido confianza en mí!

—¡Oh!—exclamó Cecilia,—¡qué razón ha tenido mi buena madre!—y arrodillándose delante de su amiga, prosiguió:

—La que está en el cielo me dio á vos; pues bien, desde ahora me doy yo misma; ¡no estéis ya triste jamás, madre mía, porque soy vuestra para siempre!

En el momento en que escribimos estas líneas, Eufrasia toca en la vejez; pero ¡cuan poco se parece el término de su vida al principio de la misma! ¡todo es paz, calma y luz en esta alma, donde todo fue tempestad y turbación! Eufrasia ha cumplido la tarea á la vez penosa y llena de delicias, que le había legado su amiga; ha sido para Cecilia una segunda madre, tierna, generosa, previsora, y Cecilia es una hija para ella.

La señorita Robert se ha casado con un excelente obrero mecánico; tiene dos niños, y Eufrasia vive con su hija, su yerno y sus nietos; ayuda á Cecilia en los cuidados de la casa, viste á la niña y al niño, los pasea por las tardes bajo los grandes árboles de las Tullerías, y vive rodeada de atenciones, de amor y de respeto.

Sus vecinas la aman y la consideran, hasta la autoridad ha aligerado para ella el yugo de la vigilancia, y un día que la vió otra antigua reclusa, dijo á una mendiga, mostrándola con el dedo:

—Esa es Eufrasia, viuda de Lahousse, á la que he conocido en la prisión de Clermont; ¡hoy tiene el aire muy orgulloso!

—No es nada orgullosa, contestó gravemente la mendiga; es buena, caritativa, bondadosa y dulce para todos, y por esto mismo, estimada de todo el mundo.